

guna entre el egoismo y la ereccion de iglesias, y si la hubiese, no por eso debe agradecerse menos al clero haber levantado las artes á la altura en que se encuentran, y á la que no hubieran llegado tan fácil sin este egoismo.

Descendiendo de las ciencias y las artes á las costumbres, habremos de presentar la parte que en su reforma tuvo el clero, puesto que las costumbres son el resultado de la civilizacion, y su bondad ó maldad revela indudablemente el grado de cultura de los pueblos. El clero lo sabia y se dedicó esclusivamente á mejorarlas; pero aquí, como en todas partes, en este terreno, como en los demas que cultivó, halló muchos abrojos que esterminar, muchos abusos que corregir y un campo en que luchar; su amor á la humanidad le condujo al combate, y él, que no habia temido á los sabios ni á los artistas, no temió á los poderosos, y empezó por destruir las preocupaciones de los pueblos y mirar el carcomido edificio de su legislacion. Todos sabemos que las leyes son á los ojos de los hombres pensadores el mejor barómetro donde se ve el grado de cultura de un pueblo, y el espejo que refracta sus costumbres. Considerando las de los bárbaros escritas en lengua de los vencidos, venimos en conocimiento de su rudeza; y su contenido, sin proveer ni sentar principios generales, contentándose con descender á casos particulares con una minuciosidad pueril, nos ha-

ce ver hasta qué punto se habia perdido la elevada tradicion del principio jurídico. La ley Sálica y la de Rotharis <sup>1</sup>, están llenas de trivialidades, y sus redactores, careciendo de vastas miras, las hacen descender á viciosas distinciones, que no se derivan de la intencion sino del principio efectivo, principio que se halla especificado de la manera mas frívola. Sin embargo, estas minuciosidades nos revelan una verdad interesantísima, y es, que la ley con estas prescripciones y con esta tarifa se vió obligada á proveer á un número infinito de violencias.

El hallarse tambien en las leyes la distincion de los castigos entre libres y esclavos, vencedores y vencidos, nos hace conocer que aun era un derecho la opresion, y que estaba la esclavitud sancionada, así como el precio de los hombres segun la condicion. La ley Ripuaria se estiende sobre las mutilaciones de un modo tal, que seria enfadoso transcribir. En la parte que concierne á los contratos, estos se hacian generalmente por signos, que muchas veces ni aun tenian relacion con la cosa: para conferir dignidades eclesiásticas, lo hacian por medio de la entrega del báculo, del anillo ú otro signo esterno, segun era la dignidad, y para las tierras era por medio de las espadas ó la cimera; todo, en fin, se cambiaba, enajenaba ó

<sup>1</sup> Ley Sálica, tít. 14. Rotharis, 148. id. 317.



concedía por signos esternos ó por actos significativos, como darse las manos, presentar el pulgar derecho, dar un beso, y el *Launachild* consistía en la emision de cualquier objeto que el donador recibía del donatario; á éste se obligó por Rotharis en el caso de requerimiento á jurar haber entregado el *Launachild* y no entregar el *Ferguid*<sup>1</sup>, y Luitprando declara no valedera la donacion sin el *Launachild* y el *Tinx* (donacion solemne), esceptuando las hechas á las iglesias y Santos lugares para la redencion del alma<sup>2</sup>. La tabla de Widrigild es un monumento curioso de esta verdad que debe verse.

Sobre estas bases estaban calcadas las costumbres de los bárbaros tan groseras como su legislacion, y que debía mejorar el sacerdocio. Si consideráramos el carácter de estas tribus invasoras disculpáremos su rusticidad, porque no tenían elementos para otra cosa. Un pueblo que abandona su patria, pierde una gran parte de sus mas dulces sentimientos, de sus afecciones humanitarias, de sus mejores instintos; instintos, sentimientos y afecciones que están íntimamente enlazadas con ciertos lugares, con ciertas fiestas, con ciertas memorias que siempre halagan y llenan de satisfaccion el alma, y cuya falta nos llena de dolor y

1 Ley 175.

2 Cantú, tom. 12, fol. 40.

amargura, y tal es á nuestro juicio la razon de la bárbara ferocidad que desplegaron las hordas del Norte en su invasion contra la Europa. ¿Y acaso no obran lo mismo los conquistadores de nuestros dias? ¿Cómo se fundan colonias sino esclavizando y avasallando pueblos? Consideremos, si esto es hoy, lo que entonces pasaria; y si los hombres cultos no han hallado el medio de hermanar con la humanidad la conquista, ¿cómo podremos esperar bondad y pureza de costumbres en aquellas tribus salvajes, mezcla de diversas naciones, débilmente unidas á su gefe?

Aquellos pueblos llegaban en medio de una sociedad corrompida por el lujo, envilecida por la esclavitud, pervertida por la idolatría, y en la que aun no había penetrado profundamente el cristianismo para reformarla: de aquí resultó que á sus vicios propios añadieron los de los vencidos, y si por un lado producen repugnancia el fraude, la bajeza y un refinado libertinaje, por otro espantan las rapiñas, las bárbaras crueldades y los groseros desórdenes. El paganismo había dejado un triste legado de prácticas supersticiosas y de absurdas creencias: larvas, hechicerías, apariciones de muertos, todo lo adoptaron los bárbaros sin dejar sus propias quimeras; y así vemos en sus leyes en dulce consorcio los maleficios y los pactos con el demonio. El concilio de Agde prohíbe ocuparse de augurios, S. Cesáreo se lamenta de



los que aun los consultan, veneran los árboles, las fuentes y otros vestigios del paganismo; y no podemos dar un paso en la historia ni volver una hoja que no esté manchada con sangre y que no revele la crueldad, el horror y la muerte. En todas partes el desorden y el escándalo, en todas partes la rapiña y la profanacion.

En medio de tanto desorden, de tanta calamidad, hay un hecho culminante digno de fijar la atencion, porque prueba los trabajos del clero para poner dique á tanto mal; este hecho forma un contraste entre la barbarie nativa y la obra civilizadora de la Iglesia; aquella arrastra los reyes á los desafueros de la ambicion, á los desórdenes del vicio y al desenfreno de las pasiones; ésta los impele en sentido inverso á fundar monasterios, construir ermitas y someterse á penitencias; el mismo pueblo que se abandona al libertinaje y á todos los abusos de la fuerza, llora sobre la tumba de los mártires, invoca á los santos y cree en los milagros. Así el clero procuraba dulcificar las costumbres feroces, y por medio de tiernas emociones llevaba la sensibilidad á su alma y ganaba sus corazones para la humanidad: sabia muy bien que una vez que diese entrada á los sentimientos benéficos de la religion, irian poco á poco depониendo su rusticidad, y la civilizacion, ayudada de la fé, aseguraria los derechos de la humanidad. Una vez que el hombre conozca que una accion

debe expiarse, ya ve su maldad y está en camino de arrepentirse y detestarla; esto buscaba el clero y esto significaba el contraste de ferocidad y prácticas reparadoras, de destruccion y fundacion de iglesias y de monasterios que se ven en los bárbaros en un mismo siglo, en una misma lucha, y precisamente cuando la ferocidad parecia haber apurado sus malas inspiraciones para envolverlo todo en escombros, muertes y ruinas. Todo esto fué la obra del clero. ¡Y es inhumano! ¡Han hecho otro tanto los filósofos? no dudamos en afirmar que no, pues ahora como siempre los que han querido engalanarse con este nombre, han practicado todo lo contrario, y su filosofia ha consistido en estraviar la razon de cuantos poco ilustrados y menos precavidos se han dejado llevar de sus pomposas y mentidas palabras. La verdadera filosofia, como la ciencia, estriban en el temor de Dios, y por consiguiente, está muy lejos de residir en el alma frívola que niega ó escarnece la existencia del Ser Supremo. No eran, pues, estos, los filósofos que habian de reprimir y civilizar los bárbaros, este hecho estaba reservado al clero que les hablaba de parte y en nombre de Dios, único poder que podia reprimir sus desenfrenos, y que á unos guerreros avezados á los campos de batalla, á los horrores y las muertes, podia inspirar respeto y hacer derramar lágrimas de arrepentimiento; gentes groseras y sin leyes respiraban una



libertad omnímoda que nadie podia coartar, y que á todo los arrastraba por criminal que fuese, y así era necesario que la moral y la ley se encargasen de reprimirlos, pero una moral y una ley anunciada por el sacerdote en nombre del Dios que viendo sus acciones se las habia un dia de premiar ó castigar.

Toscas eran las costumbres y rústicas las moradas de aquellas gentes, que cubiertos de pieles abandonaban las nieves que los vieron nacer, y hombres, mujeres, niños y ganados se habian precipitado sobre los verjeles de Europa para devastarlos, sobre sus florecientes ciudades para demolerlas, y sobre sus cultivados campos para arrasarlos: el hacha amoldaba los utensilios de primera necesidad, y los armarios, llamados así porque fueron contruidos para guardar las armas, que eran su mas importante ajuar, como que conferian los derechos al hombre: los banquetes tambien se llamaron así, de los bancos que habian substituido á los lechos en que se sentaban los convidados; en el mismo salon se cocia y servia la caza, el vino se ofrecia en cuernos ó en cráneos humanos, y su comida casi siempre terminaba con riñas y sangre.

Sin embargo, en medio de tanto vicio hay en esta sociedad algo de infantil, y los reyes y los magnates se ocupan de las cosas mas pequeñas. Fortunato envia á la monja Radegunda ciruelas

silvestres cogidas por su propia mano en una cesta que él mismo, á pesar de ser obispo, habia tejido. Cultivaban los reyes y los príncipes flores y frutas en sus jardines, iban á las fiestas de Mayo en una carreta tirada por bueyes, cuidaban de su rebaño, de sus animales domésticos y de sus legumbres, y su servidumbre la componian unos cuantos siervos, y con todo, en las ocasiones solemnes desplegaban toda la pompa que fascina los espíritus groseros, mostrándose magníficos con sus liberalidades. Las donaciones hechas á las iglesias y monasterios lo prueban, y el clero cultivando las artes como lo muestra el trono de plata que S. Eloy construyó para Dagoberto, y dedicándose á la literatura, como puede verse en los romances compuestos para cantar las hazañas de Teodorico, Alboino y Meroveo, respondian á estos obsequios, al par que hacian renacer dos de los mas principales elementos de la civilizacion.

Eran sus diversiones la caza, los ejercicios de fuerza y los simulacros militares; los godos llevaban bigote y cabellera, los longobardos se afeitaban la parte superior de la cabeza, y llevaban bigote y barba larga, y sus trajes pintados por orden de Teodolinda, sirvieron de adorno en la iglesia de Monza. Sin embargo, eran poco aseados, de lo que resultaba entre ellos la lepra, y las leyes nos demuestran en cuánto estimaban su cabellera. Los eclesiásticos seguian el uso contrario:



el concilio romano de 721 manda á los clérigos la reforma de la cabellera que se habian dejado crecer con menoscabo de la tonsura eclesiástica, y en 1053 Cerulario afeaba á los sacerdotes que se afeitasen; desde el siglo XII al XV llevaron la barba larga, y Leon X mandó á los sacerdotes y á los abades que la llevasen corta porque los legos la habian dejado crecer. Llevaban los bárbaros sandalias doradas sujetas con cintas tricolores, se cubrian con pieles, y el nombre de sobrepelliz atestigua que tambien las usaron los sacerdotes, y mas aún las mucetas y capas pluviales que hasta en el dia usan los canónigos.

Los matrimonios tambien tenian una ritual especial, y la ley de Luitprando sobre ellos, prueba lo poco considerada que aun era la mujer, puesto que se la podia vender, castigar, &c.<sup>1</sup> Entre los francos bebian los futuros esposos en la misma copa, y el padre decia al novio presentándole la esposa: "Te doy mi hija para que sea tu mujer y tu felicidad, que guarde tus llaves y que tenga parte en tu lecho y bienes en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo." Todos respondian *Amén*. Luego el domingo inmediato era presentada á la nueva familia, y los dos amantes celebraban el *bello domingo* platicando libremente. La mañana de nupcias iba el esposo con sus

1 Luitprando II. 6. VI. 59. 78. Ley VI. 68. 76. I. V. I.

parientes y amigos al alojamiento de la doncella, donde estaban reunidos los convidados, tocaban varias veces á la puerta (que estaba cerrada); y después de un diálogo rítmico se presentaba la esposa, y el amante ceñia su talle con la cinta simbólica, y luego se despedia de los animales y objetos de la casa de sus padres dirigiéndose, acompañada de todos, á la del marido. Los hombres estaban á caballo, con la espada desnuda para defenderla de celosos rivales y de cuantos no llevaran á bien el matrimonio. El sacerdote bendecia los esposos al pié del altar, arrojaba flores sobre su cabeza, deponia en el ara la ofrenda de pan y vino; y en lugar de acudir como en tiempo de la idolatría, á la diosa Nealennia, iban á la capilla de la Virgen, y allí dirigia sus homenajes la nueva esposa y recibia por mano de sus padres la rueca bendita en el altar de María, y prometia á esta soberana Virgen ser hacendosa y aplicada por medio de aquella manifestacion de hilar en su presencia. De vuelta á su casa, todos se sentaban á la mesa con los convidados, y á los postres las doncellas ofrecian á la nueva esposa un ramillete y entonaban el canto nupcial: conducidos luego al lecho, se bebia á la prosperidad de su union; cuando recibian la bendicion de los padres, besaban todos los convidados á la novia y hacian votos por su felicidad. Al dia siguiente asistian de luto á una misa que se ofrecia por el descanso de las al-



mas de los parientes difuntos, asociando así el placer á la alegría, y el regocijo de la generacion á las tristes é imponentes meditaciones de la tumba.

Nos hemos detenido mas de lo que pensábamos en reseñar estos sucesos, y lo hemos hecho para facilitar el camino y fundamentar nuestras reflexiones sobre ellos: se trata de saber la parte que el sacerdocio ha tenido en la civilizacion, y si tienen ó no razon los que le acusan de haberla estacionado y usurpado los derechos de la humanidad, envileciendo al hombre y humillándole, y nada puede conducirnos á la verdad mejor, que los hechos y las costumbres antiguas; pues al compararlas con el estado presente ha de resaltar la diferencia, y al anotar los hombres, que hace diez y nueve siglos rigen los pueblos moralmente, hemos de convenir que sus adelantos se les deben, porque de lo contrario, por mucho que la humanidad hubiera progresado, no hubiera hecho grandes adelantos, hubiera girado en un mismo círculo á pesar de sus esfuerzos, y no hubiera logrado superar su ignorancia; y como el indómito corcel, que en vano tasca el freno y quiere romper las bridas con que el diestro picador sujeta su brío y amansa su condicion, jamas hubiera conseguido la verdadera ilustracion: entonces sí que podria acusarse al clero de inhumano, de cruel y de tiránico; porque habiendo conservado estacionaria la

humanidad, la hubiera podido esclavizar y la hubiera hecho servir á sus fines segun su voluntad; pero muy al contrario, lo que hizo fué enseñar, lo que practicó fué defender, por lo que se sacrificó fué por ilustrar al hombre y desengañar al pobre, haciéndoles conocer su dignidad, desimpresionándolos y elevándolos por el conocimiento de su propia conciencia al de Dios, padre comun de todos, que protege la inocencia y castiga la maldad, que ha de juzgar con igualdad al rico y al pobre, al señor y al esclavo, al rey y al vasallo, que en su presencia se sentarán á una misma mesa y comerán juntos el pan que hayan ganado por sus virtudes.

Quede, pues, sentado, que el clero, cultivando las ciencias y las artes, introduciendo en ellas el espíritu del Evangelio, afianzó las costumbres sobre bases mas humanitarias; porque todo el mundo sabe que las costumbres no son otra cosa que el reflejo de la ilustracion de los pueblos, y que sobre ellas se fundamentan las leyes, y de este modo son igualmente las costumbres el reverbero de la legislacion: si las leyes son sanguinarias lo son las costumbres, si crueles aquellas, tambien estas, al par que si la caridad entra en la confeccion de los códigos, si la humanidad tiene en ellos consignados sus derechos, entonces las costumbres son humanitarias y caritativas, porque el espíritu que anima al pueblo es el del Evangelio.



Convengamos en que el clero tiene una grande influencia en los corazones; que depositario de las conciencias tiene en su mano el modo mejor de inspirar sentimientos religiosos á los legisladores y moralizar los pueblos; solo él puede aconsejar prudencia y tolerancia á los gobernantes, sumision y respeto á los gobernados; solo él, que enseña á los hombres la verdadera fraternidad, cualquiera que sea su origen, puede hacerlos dejar de aborrecerse; solo él, finalmente, que los enseña á amarse como hermanos y á no querer para los demas lo que no quieren para sí, es el que puede desterrar los rencores que crea la diferencia de origen, pueblo ó nacion, y luego que esto se consigue, ya las costumbres podrán ser mas ó menos cultas, pero siempre serán humanitarias; porque el mundo entero no aparece á los ojos del que tiene esta creencia mas que como una gran familia, cuyo gefe, padre y moderador es Dios, que ha dictado al corazon del hombre los principios verdaderos del bien y del mal, del premio y del castigo, del vicio y de la virtud, origen de la prosperidad de los pueblos; y como el principio de la civilizacion, su mejor resorte y fundamento es la filantropía y la hospitalidad, resultará que siempre convendremos que en el sacerdote que parte su pan y su lecho con el pobre, que funda hospitales al enfermo, que estiende sus cuidados á todos los objetos de caridad, encontramos el que en las ciencias, las artes

y las costumbres ha inoculado esa hermosa virtud por medio de la cual ha dirigido las costumbres de modo que sean útiles á la humanidad, ha basado sobre ellas los deberes de los hombres haciéndonos ver que el Señor establece en el mutuo amor de todos el principal lazo que los ha de unir al pié de su cruz, formando un solo pueblo regido por la ley de caridad dada por Jesucristo y enseñada á los hombres por el clero que en todos los ramos del saber la hace reflejar.

e'

aba